

perseguían; á pesar de tener que sufrir en su seno los continuos embates de las malas pasiones á que sus hijos se habían entregado alguna vez; á pesar de las mil heregias que brotaban al rededor y dentro de ella, pretendiendo que se considerasen como porción de su gremio, y que ganaban prosélitos por el mismo esclusivismo y la misma arrogancia que ostentaban; á pesar de todo, la Iglesia había triunfado. Los emperadores se pusieron de su parte. La última tentativa de Juliano para restablecer el paganismo, probó únicamente que la antigua fe había perdido todo su poder en las masas; y á su muerte, la gran corriente de la nueva opinion prosiguió su marcha sin estorbo, y los príncipes de la tierra se dejaron llevar por ella, aceptando, á lo menos de palabra, las leyes de la Iglesia como suyas; reconociendo un Rey de reyes, á quien ellos también debían homenaje y obediencia, y llamando á sus esclavos “pobres hermanos.”

Pero si los emperadores se habían vuelto cristianos, no así el Imperio. Se cortaban algunos abusos aislados; ora un edicto disponía visitar las cárceles y

aliviar la suerte cruel de los presos; ora un Teodosio entraba por algun tiempo en la senda de la justicia y la humanidad, gracias á las severas amonestaciones de San Ambrosio. Pero el Imperio continuaba siendo el mismo; una gran tiranía esclavizaba aún las masas, oprimía la vida nacional, y se enriquecía, y enriquecía también á sus dependientes, por medio de un vasto sistema de pública rapiña; no habiendo esperanza para la raza humana mientras siguiese dominando. Además, había aun entre los cristianos personas que veían, como después Dante, en el “fatal don de Constantino” y en la tregua entre la Iglesia y el Imperio, nuevos y más terribles peligros. ¿El Imperio, no aspiraba á extender sobre la misma Iglesia aquella sombra con que había marchitado todas las demás formas de la humana existencia? ¿no quería convertirla en esclavo oficial suyo, por cierto estipendio, mimándola cuando fuese obediente y castigándola siempre que se atreviese á hacer uso de su libre albedrío; y no le encomendaba, con refinada hipocresía, el cuidado y la asistencia de las masas, cuya sangre era su alimento? Así pen-

saban muchos cristianos entonees, y á mi entender, no iban descaminados.

Pero si la condicion social del orbe civilizado era anómala al principio del siglo quinto, su estado espiritual lo era aun mas. La fusion universal de razas, idiomas y costumbres, que se habia verificado por espacio de cuatro siglos bajo las leyes del Imperio, produjo una correspondiente fusion de creencias, una fermentacion universal de pensamientos humanos y de fé. Toda creencia honrada en las antiguas supersticiones locales del paganismo, habia succumbido ante la idolatría mas palpable y material del culto tributado á los emperadores; y los dioses de las naciones, incapaces de salvar á las personas que habian confiado en ellos, se reducian uno á uno á vasallos del *Divus Cesar*, siendo despreciados por el filósofo rico y adorados únicamente por las clases inferiores, en las que los antiguos ritos servian aún de pretexto á sus apetitos groseros, ó favorecian la riqueza é importancia de alguna localidad especial.

Entretanto los entendimientos de los hombres, una vez rotas sus antiguas barreras, vagaban á la ventura en mares

desconocidos de dudas especulativas; especialmente en el Oriente, que mas metafísico y contemplativo, trataba de resolver por sí las cuestiones de la relacion del hombre con lo invisible, por medio de aquellos mil cismas, heregias y teosofias (es una desgracia para la palabra filosofia el usarla en el presente caso), cuyo recuerdo llena hoy de asombro á las personas estudiosas, incapaces igualmente de contar y de explicar sus fantasías.

Con todo, aun esos, como otros varios desahogos del libre pensamiento humano, tuvieron su utilidad y dieron su fruto. Presentaron á las inteligencias de los eclesiásticos mil cuestiones nuevas que necesitaban resolverse, á menos que la Iglesia no quisiera renunciar á su pretension de ser la gran maestra y el oráculo del alma humana. Estudiar esas cuestiones, en atencion á que se ofrecian á cada paso; sentir demasiadas veces por una triste esperiencia; como Agustin, el encanto de sus atractivos; eliminar las verdades á que aspiraban de la falsedad que prometian en reemplazo de aquellas; presentar á la Iglesia Católica como capaz de satisfacer

en los grandes hechos que proclamaba hasta las mas sutiles preguntas metafísicas de un siglo enfermo.... tal fué la obra de aquel tiempo; y se enviaron hombres que la realizasen, ayudándoles en su trabajo las mismas causas que habian producido la revolucion intelectual. La mezcla general de ideas, creencias y razas, hasta las facilidades meramente físicas de comunicacion entre los diferentes puntos del Imperio, contribuyeron á dar á los grandes Padres cristianos de los siglos cuarto y quinto una amplitud de observacion, una profundidad de pensamiento, una paciencia y tolerancia tales, podemos decirlo sin temor de que se nos desmienta, como la Iglesia no ha visto desde entonces sino rara vez, y el mundo nunca; á lo menos si juzgamos á aquellos grandes hombres por las cualidades que tenían y no por las que les faltaban, y creemos, como estamos obligados á creer, que si hubieran vivido hoy, y no entonces, se habrian sobrepuesto á esta generacion como sobresalieron en aquella. Y así, un siglo que, al conocimiento superficial de un burlon como Gibbon, parece tan solo un confuso caos de sensualidad y

anarquía, de hipocresía y fanatismo, produjo un Atanasio y un Jerónimo, un Crisóstomo y un Agustin; absorbió en la esfera del Cristianismo todo lo que habia de mas estimable en los filósofos de Grecia y Egipto y en la organizacion social de Roma, como una herencia para las naciones futuras; y echó en países extrangeros, valiéndose de agentes ignorantes de su mision, los cimientos de todas las ciencias y de la moral europeas.

Pero las Iglesias egipcia y siria, estaban destinadas á trabajar, no para sí mismas, sino para nosotros. Las señales de decrepitud se habian manifestado ya sobradamente en ellas. La peculiar inclinacion de los entendimientos greco-orientales, que hizo fuesen los grandes pensadores de aquella época, produjo el efecto de desviarlos de la práctica y dirigirlos á la especulacion; y las razas de Egipto y Siria fueron afehinadas, y quedaron físicamente exhaustas en el trascurso de algunos siglos, durante los cuales no hubo ninguna infusion de sangre nueva que reanimase el tronco. Mórvidas, egoistas, físicamente indolentes, incapaces, entonces

como ahora, de libertad personal ó política, suministraban material para formar fanáticos, pero no ciudadanos del reino de Dios. Las ideas de familia y de vida nacional habian perecido en Oriente por el mal influjo que ejerciera la práctica universal de la esclavitud, y tambien por la degradacion de los judios, que habian sido largo tiempo vivo testimonio de aquellas ideas. El apasionado carácter oriental, como todos los que son de suyo débiles, halló la total abstinencia mas fácil que la templanza, el pensamiento religioso mas halagüeño que la accion piadosa, y un mundo monástico surgió en el Oriente, tan vasto, que en Egipto se decia rivalizaba numéricamente con la poblacion lega, resultando, al mismo tiempo que una disminucion enorme en la suma del mal moral, otra no menos enorme en la poblacion. Semejante país no podía resistir de modo alguno á la creciente tirania del imperio oriental. En vano trataron hombres como Crisóstomo y Basilio de oponer su personal influencia á las infames intrigas y villanias de la corte de Bizancio; el rápido descenso del cristianismo de Oriente continuó sin

freno durante dos miserables siglos mas, en los mismos momentos que crecia el desarrollo de la Iglesia de Occidente; y en tanto que los sucesores del gran San Gregorio estaban arreglando y civilizando una Europa recién nacida, las Iglesias de Oriente desaparecian ante los invasores mahometanos, fuertes con la confianza en aquel Dios, á quien los cristianos, mientras que se entregaban á odios y persecuciones reciprocas por argumentos acerca de él, negaban y blasfemaban en todos los actos de su vida.

Porque la salud de una Iglesia no depende solo de la creencia que profesa, sino de la fé y la virtud de sus hijos. La *mens sana* debe tener un *corpus sanum* donde residir. Y aun respecto de la Iglesia de Occidente, los altos destinos que la aguardaban no se hubieran podido eumplir, sin alguna infusion de sangre nueva y mas pura en las venas de un mundo agotado y corrompido por la influencia de Roma.

Y esa nueva sangre, en la época de este relato, estaba próxima. La grande inundacion de aquellos godos, cuyos tipos mas puros son hoy los noruegos y

los alemanes, si bien todas las naciones de Europa, desde Gibraltar á Peterburgo, les deben los mas preciosos elementos de fuerza; avanzaba, ola tras ola, en su curso constante al Sudoeste, al través del territorio romano, y sin detenerse hasta alcanzar las playas del Mediterráneo. Aquellas tribus barbaras traian consigo, en el círculo mágico de la influencia de la Iglesia occidental, los materiales que ésta requería para la construccion de un cristianismo futuro, y que no podia encontrar ni en el Imperio de Occidente ni en el de Oriente: una moral pura; el respeto tributado á la muger, á la familia, á la ley; justicia igual para todos; libertad individual; tanta capacidad como los romanos para el poder práctico, y no mucho menos agudeza imaginativa y especulativa que los orientales.

Su fuerza se sintió de una vez. Su vanguardia, confinada con dificultad por tres siglos mas allá de los Alpes orientales, a costa de sangrientas guerras, habia sido admitida, donde quiera que esto era practicable, al servicio del Imperio; y el nervio de las legiones romanas estaba compuesto de oficiales y sol-

dados godos. Pero el principal cuerpo habia llegado ya, y una tribu en pos de otra descendian de los Alpes y se agolpaban á las fronteras del Imperio. Los hunos, inferiores á ellos individualmente, los acosaban por la espalda con el irresistible peso del número; Italia, con sus ricas ciudades y fértiles campiñas, les excitaba al robo; como auxiliares, habian conocido su fuerza y la debilidad de los romanos; pronto se halló un *casus belli*. . . . ¡Qué imprudentemente obraron los hijos de Teodosio, negándose á usar con los godos la generosidad acostumbrada y que les impedia atacar el Imperio! . . . El diluvio se precipitó sobre las llanuras de Italia, y el Imperio de Occidente fué desde aquel dia un idiota moribundo, mientras que los nuevos invasores dividieron entre sí la Europa. Los diez años anteriores á la época de esta novela habian decidido la suerte de Grecia; los tres últimos la de Roma. Las enormes riquezas que cinco siglos de rapiñas habian acumulado en torno del Capitolio, cayeron en poder de hombres vestidos con pieles de cordero y cuero de caballo; y la hermana de un emperador creyó que su

hermosura, su virtud, su orgullo de raza, no desmerecerian si daba la mano al héroe del Norte, que la llevó de Italia como su cautiva y su esposa, para encontrar nuevos reinos en el Sur de Francia y España, y arrojar á los recién llegados vándalos, al través del Estrecho de Gibraltar, á las entonces florecientes costas del Africa del Norte. Por todas partes los miembros desgarrados del mundo antiguo se estaban cociendo en la caldera de Medea, para salir de allí enteros, jóvenes y fuertes. Los longobardos, la raza mas noble, habian hallado un punto de descanso temporal en la frontera austriaca, despues de vagar mucho tiempo al Mediodia de las montañas de Suecia, para ser echados de allí pronto por los hunos, y, cruzando los Alpes, dar su nombre á las llanuras de Lombardía. Algunos años mas de guerras, y los francos serian dueños de las tierras que baña el Rhin Inferior; y antes de ponerse blancos los cabellos de los discípulos de Hipatia, Hengisto y Horsa habrian desembarcado en las playas de Kent y habria surgido una nacion inglesa en aquellos parajes.

Pero la Providencia no permitió que

nuestra raza, triunfante en todos los demas puntos, extendiese su dominio mas allá del Mediterráneo, ni aun en Constantinopla, que conserva hoy en Europa la fé y las costumbres del Asia. El mundo oriental pareció cerrado, por alguna dura sentencia, al único influjo que pudiera regenerarle. Todas las tentativas de la raza goda para establecerse al otro lado del mar, sea en la forma de un reino organizado, como hicieron los vándalos en Africa; sea en la de una banda de salteadores, como lo intentaron los godos en Asia, á las órdenes de Gainos; sea en la de una guardia pretoriana, como los varangos de la edad media; ó en la de invasores religiosos, como los cruzados, tuvieron por resultado la corrupcion y desaparicion de los colonos. La extraordinaria reforma moral que, segun Salviano y sus contemporáneos, llevaron á cabo en el Africa Septentrional los vándalos conquistadores, no les valió de nada: perdieron mas de lo que daban. El clima, el mal ejemplo y el lujo del poder, los degradaron en un siglo, convirtiéndoles en una raza de amos de esclavos, destinados á sucumbir á impulso de los ejérci-

tos semi-godos de Belisario, y con ellos desapareció la última probabilidad de que las razas godas hubiesen de ejercer en el mundo oriental la misma disciplina dura, aunque saludable, que habia vuelto la vida al mundo de Occidente.

Pero en el periodo á que se refiere esta novela, el espíritu greco-oriental estaba aún á la mitad de su grande obra. Aquella admirable sutileza metafísica que, en frases y en definiciones, á menudo sin sentido para nuestros groseros entendimientos, veia los simbolos de las mas importantes verdades espirituales, y creia que de la distincion entre *homousios* y *homviusios* podia depender el destino de la raza humana, estaba combatiendo en Alejandría, antiguo baluarte de la filosofía griega, con los estériles restos del mismo pensamiento científico á que debia su extraordinaria cultura. El aislamiento monástico en que los padres de aquel periodo vivian respecto de sus familias y de los deberes nacionales, les facilitaba el llevar á cabo la empresa, permitiéndoles, si no otra cosa, tratar las cuestiones con un ardor y una constancia imposibles á las inteligencias mas sociales y prácticas de

los hombres del Norte. Nuestro deber es, en vez de burlarnos como ciertos pedantes ilusos, dar gracias al cielo de que se encontrasen personas, justamente cuando mas se necesitaban, capaces de hacer por nosotros lo que nosotros no hubiéramos hecho jamás en nuestro propio beneficio; esto es, dejarnos, como una preciosa herencia comprada realmente con la sangre de su raza, una metafísica á la vez cristiana y científica, que en vano se ha intentado despues mejorar, y luchar victoriosamente con aquella estraña familia de monstruos teóricos, engendrados por la filosofía griega unida al simbolismo egipcio, á la astrología caldea, al dualismo parsi y al espiritualismo bramínico. . . . fantasmas hermosos y brillantes, de los cuales se dirá algo mas en el siguiente capítulo.

---

## CAPITULO XI.

### OTRA VEZ LOS LAUROS.

Ni un sonido, ni el movimiento de un objeto interrumpian el profundo silen-